

# Cantos de vida y esperanza: Los cisnes y otros poemas

Rubén Darío (1867-1916)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual). Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.



# Cantos de vida y esperanza: Los cisnes y otros poemas

Rubén Darío (1867-1916)

*A. J. Enrique Rodó*

## I

Yo soy aquel que ayer no más decía  
el verso azul y la canción profana,  
en cuya noche un ruiseñor había  
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,  
lleno de rosas y de cisnes vagos;  
el dueño de las tórtolas, el dueño  
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho, y muy antiguo



**Félix Rubén García Sarmiento** (18.1.1867 – 6.2. 1916), conocido como Rubén Darío o príncipe de las letras castellanas, fue un poeta nicaragüense, máximo representante del Modernismo literario en lengua española. Es posiblemente el poeta que ha tenido una mayor y más duradera influencia en la poesía del siglo XX en el ámbito hispánico.

- [Biografía de Rubén Darío](#)
- [Más obras de Rubén Darío](#)
- [Descarga Ebooks](#)

y muy moderno; audaz, cosmopolita;  
con Hugo fuerte y con Yerlaine ambiguo,  
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia;  
mi juventud..., ¿fue juventud la mía?,  
sus rosas aún me dejan su fragancia,  
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,  
mi juventud montó potro sin freno;  
iba embriagada y con puñal al cinto;  
si no cayó, fue porque Dios es bueno.

En mi jardín se vio una estatua bella;  
se juzgó mármol y era carne viva;  
una alma joven habitaba en ella,  
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera  
que, encerrada, en silencio, no salía  
sino cuando en la dulce primavera  
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;  
hora crepuscular y de retiro;  
hora de madrigal y de embeleso,  
de «te adoro», de «jay!», y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego  
de misteriosas gamas cristalinas,  
un renovar de notas del Pan griego  
y un desgranar de músicas latinas,

con aire tal y con ardor tan vivo,  
que a la estatua nacían de repente  
en el muslo viril patas de chivo  
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina  
me encantó la marquesa verleniana,  
y así juntaba a la pasión divina  
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura  
y vigor natural; y sin falsía,  
y sin comedia y sin literatura...:  
si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;  
quise encerrarme dentro de mí mismo,  
y tuve hambre de espacio y sed de cielo  
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura  
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno,

corazón mío, henchido de amargura  
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia  
el Bien supo elegir la mejor parte;  
y si hubo áspera hiel en mi existencia,  
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,  
bañó el agua castalia el alma mía,  
peregrinó mi corazón y trajo  
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda  
emanación del corazón divino  
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda  
fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,  
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;  
mientras abajo el sátiro fornicaba,  
ebria de azul deslíe Filomela

perla de ensueño y música amorosa  
en la cúpula en flor de laurel verde,  
Hipsipila sutil liba en la rosa,  
y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra  
y la caña de Pan se alza del lodo:  
la eterna vida sus semillas siembra,  
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,  
temblando de deseo y fiebre santa,  
sobre cardo heridor y espina aguda:  
así suefia, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama  
produce la interior llama infinita;  
el Arte puro como. Cristo exclama:

*Ego sum lux et veritas et vital*

Y la vida es misterio; la luz ciega  
y la verdad inaccesible asombra;  
la adusta perfección jamás se entrega,  
y el secreto ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente:  
de desnuda que está, brilla la estrella;  
el agua dice el alma de la fuente  
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fue mi intento, hacer del alma pura  
mía, una estrella, una fuente sonora,  
con el horror de la literatura

y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta  
que los celestes éxtasis inspira;  
bruma y tono menor —¡toda la flauta!  
y Aurora, hija del Sol—¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;  
pasó una flecha que aguzó un violento.  
La piedra de la honda fue a la onda,  
y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;  
con el fuego interior todo se abrasa;  
se triunfa del rencor y de la muerte,  
y hacia Belén..., ¡la caravana pasa!

## II SALUTACION DEL OPTIMISTA

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,  
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!  
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos  
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;  
mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;  
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,  
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,  
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron  
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,  
cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,  
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba  
o a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,  
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lirás,  
mientras dos continentes, abandonados de huesos gloriosos,  
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,  
digan al orbe: la alta virtud resucita,  
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,  
abominad los ojos que ven sólo zodiácos funestos,  
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres  
o que la tea empuñan o la daga suicida.

Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,

la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;  
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,  
y algo se inicia como vasto social cataclismo  
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas  
no despierten entonces en el tronco del roble gigante  
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?  
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos  
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?  
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo  
ni entre momias y piedras, reina que habita el sepulcro,  
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,  
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,  
ni la que, tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,  
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Unanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos:  
formen todos un solo haz de energía ecuménica.  
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,  
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.  
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente  
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.  
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros  
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,  
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,  
de los egregios padres que abrieron el surco pristino,  
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos  
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,  
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,  
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.

La latina estirpe verá la gran alba futura:  
en un trueno de música gloriosa, millones de labios  
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,  
Oriente agosto, en donde todo lo cambia y renueva  
la eternidad de Dios, la actividad infinita.

Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,  
¡íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

### III AL REY OSCAR

*Le Roi de Suede et de Noruège, apres avoir  
visité Saint—Jean—de—Luz, s'est rendu a Hen—  
daye et a Fonterrabie. En arrivant sur le sol  
espagnol, il a crié: «Vive l'Espagne!»  
(Le Figaro, mars 1899.)*

Así, Sire, en el aire de la Francia nos llega  
la paloma de plata de Suecia y de Noruega,  
que trae en vez de olivo una rosa de fuego.

Un búcaro latino, un noble vaso griego  
recibirá el regalo del país de la nieve.  
Que a los reinos boreales el patrio viento lleve  
otra rosa de sangre y de luz españolas;  
pues sobre la sublime hermandad de las olas,  
al brotar tu palabra, un saludo le envía  
al sol de medianoche el sol de Mediodía.

Si Segismundo siente pesar, Hamlet se inquieta.  
El Norte ama las palmas; y se junta el poeta  
del fjord con el del carmen, porque el mismo oriflama  
es de azur. Su divina cornucopia derrama,  
sobre el polo y el trópico, la Paz; y,el orbe gira  
en un ritmo uniforme por una propia lira:  
el Amor. Allá surge Sigurd que al Cid se aúna;

cerca de Dulcinea brilla el rayo de luna;  
y la musa de Bécquer del ensueño es esclava  
bajo un celeste palio de luz escandinava.

Sire de ojos azules, gracias: por los laureles  
de cien bravos vestidos de honor; por los claveles  
de la tierra andaluza y la Alhambra del moro;  
por la sangre solar de una raza de oro;  
por la armadura antigua y el yelmo de la gesta;  
por las lanzas que fueron una vasta floresta  
de gloria y que pasaron Pirineos y Andes;  
por Lepanto y Otumba; por el Perú, por Flandes;  
por Isabel que cree, por Cristóbal que sueña  
y Velázquez que pinta y Cortés que domeña;  
por el país sagrado en que Herakles afianza  
sus macizas columnas de fuerza y esperanza,  
mientras Pan trae el ritmo con la egregia siringa  
que no hay trueno que apague ni tempestad que extinga,  
por el león simbólico y la Cruz, gracias, Sire.

¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,  
mientras la onda cordial alimente un ensueño,  
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,  
un buscado imposible, una imposible hazaña,  
una América oculta que hallar, vivirá España!

Y pues tras la tormenta vienes, de peregrino  
real, a la morada que entristeció el destino,

la morada que viste luto sus puertas abra  
al purpúreo y ardiente vibrar de tu palabra:  
y que sonría, oh rey Oscar, por un instante,  
y tiemble en la flor áurea el más puro brillante  
para quien sobre brillos de corona y de nombre,  
con labios de monarca lanza un grito de hombre!

## IV LOS TRES REYES MAGOS

—Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.  
Vengo a decir: La vida es pura y bella.  
Existe Dios. El amor es inmenso.  
¡Todo lo sé por la divina Estrella!

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.  
Existe Dios. El es la luz del día.  
¡La blanca flor tiene sus pies en lodo  
y en el placer hay la melancolía!

—Soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro  
que existe Dios. El es el grande y fuerte.  
Todo lo sé por el lucero puro  
que brilla en la diadema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.  
Triunfa el amor, ya su fiesta os convida.  
¡Cristo resurge, hace la luz del caos  
y tiene la corona de la Vida!

## V CYRANO EN ESPAÑA

He aquí que Cyrano de Bergerac traspasa  
de un salto el Pirineo. Cyrano está en su casa.  
¿No es en España, acaso, la sangre vino y fuego?  
Al gran Gascón saluda y abraza el gran Manchego.  
¿No se hacen en España los más bellos castillos?  
Roxanas encarnaron con rosas los Murillos,  
y la hoja toledana que aquí Quevedo empuña  
conócenla los bravos cadetes de Gascuña.  
Cyrano hizo su viaje a la Luna; mas, antes,  
ya el divino lunático de don Miguel Cervantes  
pasaba entre las dulces estrellas de su sueño  
jinete en el sublime pegaso Clavileño.  
y Cyrano ha leído la maravilla escrita,  
y al pronunciar el nombre del Quijote, se quita  
Bergerac el sombrero: Cyrano Balazote  
siente que es la lengua suya la lengua del Quijote.  
y la nariz heroica del Gascón se diría  
que husmea los dorados vinos de Andalucía.  
y la espada francesa, por él desenvainada,  
brilla bien en la tierra de la capa y la espada.  
¡Bien venido, Cyrano de Bergerac! Castilla  
te da su idioma; y tu alma, como tu espada, brilla  
al sol que allá en sus tiempos no se ocultó en España.  
Tu nariz y penacho no están en tierra extraña,  
pues vienes a la tierra de la Caballería.

Eres el noble huésped de Calderón. María  
Roxana te demuestra que lucha la fragancia  
de las rosas de España con las rosas de Francia;  
y sus supremas gracias, y sus sonrisas únicas,  
y sus miradas, astros que visten negras túnicas,  
y la lira que vibra en su lengua sonora,  
te dan una Roxana de España, encantadora.  
¡Oh poeta! ¡Oh celeste poeta de la facha  
grotesca! Bravo y noble y sin miedo y sin tacha,  
príncipe de locuras, de sueños y de rimas,  
tu penacho es hermano de las más altas cimas,  
del nido de tu pecho una alondra se lanza,  
un hada es tu madrina, y es la Desesperanza;  
y en medio de la selva del duelo y del olvido  
las nueve musas vendan tu corazón herido.  
¿Allá en la Luna hallaste algún mágico prado  
donde vaga el espíritu de Pierrot desolado?  
¿Viste el palacio blanco de los locos del Arte?  
¿Fue acaso la gran sombra de Píndaro a encontrarte?  
¿Contemplaste la mancha roja que entre las rocas  
albas forma el castillo de las Vírgenes locas?  
¿Y en un jardín fantástico de misteriosas flores  
no oíste al melodioso Rey de los ruiseñores?  
No juzgues mi curiosa demanda inoportuna,  
pues todas esas cosas existen en la Luna.  
¡Bién venido, Cyrano de Bergerac! Cyrano  
de Bergerac, cadete y amante y castellano,  
que trae los recuerdos que Durandal abona

al país en que aún brillan las luces de Tizona.  
El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte  
el que vence el espacio y el tiempo; su estandarte,  
pueblos, es del espíritu el azul oriflama.  
¿Qué elegido no corre si su trompeta llama?  
y a través de los siglos se contestan, oíd:  
la Canción de Rolando y la Gesta del Cid.  
Cyrano va marchando, poeta y caballero,  
al redoblar sonoro del grave Romancero.  
Su penacho soberbio tiene nuestra aureola.  
Son sus espuelas finas de fábrica española.  
Y cuando en su balada Rostand teje el envío,  
creeríase a Quevedo rimando un desafío.  
¡Bien venido, Cyrano de Bergerac! No seca  
el tiempo el lauro; el viejo Corral de la Pacheca  
recibe al generoso embajador del fuerte  
Moliere. En copa gala Tirso su vino vierte.  
Nosotros exprimimos las uvas de Champaña  
para beber por Francia y en un cristal de España.

## VI SALUTACION A LEONARDO

Maestro: Pomona levanta su cesto. Tu estirpe  
saluda la Aurora. ¡Tu aurora! Que extirpe  
de la indiferencia la mancha; que gaste  
la dura cadena de siglos; que aplaste  
al sapo la piedra de su honda.

Sonrisa más dulce no sabe Gioconda  
El verso su ala y el ritmo su onda  
hermanan en una  
dulzura de luna  
que suave resbala  
(el ritmo de la onda y el verso del ala  
del mágico Cisne sobre la laguna)  
sobre la laguna.

Y así, soberano maestro  
del estro,  
las vagas figuras  
del sueño, se encarnan en líneas tan puras  
que el sueño  
recibe la sangre del mundo mortal,  
y Psiquis consigue su empeño  
de ser advertida a través del terrestre cristal.

*(Los bufones  
que hacen sonreír a Monna Lisa  
saben canciones  
que ha tiempo en los bosques de Grecia decía la risa  
de la brisa.)*

Pasa su Eminencia.  
Como flor o pecado en su traje  
rojo;  
como flor o pecado, o conciencia  
de sutil monseñor que a su paje  
mira con vago recelo o enojo.  
Nápoles deja a la abeja de oro  
hacer su miel  
en su fiesta de azul; y el sonoro  
bandolín y el laurel  
nos anuncian Florencia.  
Maestro, si allá en Roma  
quema el sol de Segor y Sodoma  
la amarga ciencia  
de purpúreas banderas, tu gesto  
las palmas nos da redimidas,  
bajo los arcos  
de tu genio; San Marcos  
y Partenón de luces y líneas y vidas.

*(Tus bufones  
que hacen la risa*

*de Monna Lisa*  
*saben tan antiguas canciones.)*

Los leones de Asuero  
junto al trono para recibirte,  
mientras sonrío el divino Monarca;

pero

hallarás la sirte,  
la sirte para tu barca,  
si partís en la lírica barca  
con tu Gioconda...

La onda

y el viento

saben la tempestad para tu cargamento.

¡Maestro!

Pero tú en cabalgar y domar fuiste diestro,  
pasiones e ilusiones;

a unas con el freno, a otras con el cabestro  
las domaste, cebras o leones.

Y en la selva del Sol, prisionera

tuviste la fiera

de la luz; y esa loca fue casta

cuando dijiste: «Basta.»

Seis meses maceraste tu Ester en tus aromas.

De tus techos reales volaron las palomas.

Por tu cetro y tu gracia sensitiva,

por tu copa de oro en que sueñan las rosas,  
en mi ciudad, que es tu cautiva,  
tengo un jardín de mármol y de piedras preciosas  
que custodia una esfinge viva.

## VII PEGASO

Cuando iba yo a montar ese caballo rudo  
y tembloroso, dije: «La vida es pura y bella.»  
Entre sus cejas vivas vi brillar una estrella.  
El cielo estaba azul, y yo estaba desnudo.

Sobre mi frente Apolo hizo brillar su escudo  
y de Belerofonte logré seguir la huella.  
Toda cima es ilustre si Pegaso la sella,  
y yo, fuerte, he subido donde Pegaso pudo.

Yo soy el caballero de la humana energía,  
yo soy el que presenta su cabeza triunfante  
coronada con el laurel del Rey del día;

domador del corcel de cascos de diamante,  
voy en un gran volar, con la aurora por guía,  
adelante en el vasto azur, ¡siempre adelante!

## VIII A ROOSEVELT

Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,  
que habría de llegar hasta ti, Cazador,  
primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Wáshington y cuatro de Nemrod.

Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.  
Y domando caballos, o asesinando tigres,  
eres un Alejandro-Nabucodonosor.

(Eres un profesor de Energía  
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,  
que el progreso es erupción,  
que en donde pones la bala  
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.

Si clamáis, se oye como el rugir del león.  
Ya Hugo a Grant lo dijo: Las estrellas son vuestras.  
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.  
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
la Libertad levanta su antorcha en Nueva-York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas  
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del grande Moctezuma, del Inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española,  
la América en que dijo el noble Guatemoc:  
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de amor,  
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo,  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,

para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!\

## IX

¡Torres de Dios! ¡Poetas!  
¡Pararrayos celestes  
que resistís las duras tempestades,  
como crestas escuetas,  
como picos agrestes,  
rompeolas de las eternidades!

La mágica esperanza anuncia un día  
en que sobre la roca de armonía  
expirará la pérfida sirena.  
¡Esperad, esperemos todavía!

Esperad todavía.  
El bestial elemento se solaza  
en el odio a la sacra poesía  
y se arroja baldón de raza a raza.

La insurrección de abajo  
tiende a los Excelentes.  
El caníbal codicia su tasajo  
con roja encía y afilados dientes.

Torres, poned al pabellón sonrisa.  
Poned, ante ese mal y ese recelo,  
una soberbia insinuación de brisa  
y una tranquilidad de mar y cielo...

## X CANTO DE ESPERANZA

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.  
Un soplo milenario trae amagos de peste.  
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?  
Se han sabido presagios, y prodigios se han visto  
y parece inminente el retorno del Cristo.

La tierra está preñada de dolor tan profundo  
que el soñador, imperial meditabundo,  
sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales afligieron la tierra,  
en un pozo de sombras la humanidad se encierra  
con los rudos molosos del odio y de la guerra.

¡Oh, Señor Jesucristo!, ¿por qué tardas, qué esperas  
para tender tu mano de luz sobre las fieras  
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida  
sobre tanta alma loca, triste o empedernida,

que, amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo,  
ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,  
ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró al visionario,  
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.  
Mi corazón será brasa de tu incensario.

## XI

Mientras tenéis, oh negros corazones,  
conciábulos de odio y de miseria,  
el órgano de Amor riega sus sonos.  
Cantan. Oíd: «La vida es dulce y seria.»

Para ti, pensador meditabundo,  
pálido de sentirte tan divino,  
es más hostil la parte agria del mundo.  
Pero tu carne es pan, tu sangre es vino.

Dejad pasar la noche de la cena  
—¡oh Shakespeare pobre, y oh Cervantes manco!  
y la pasión del vulgo que condena.  
Un gran Apocalipsis horas futuras llena.  
¡Ya surgirá vuestro Pegaso blanco!

## XII HELIOS

¡Oh rüido divino!

¡Oh rüido sonoro!

Lanzó la alondra matinal el trino,

y sobre ese preludio cristalino,

los caballos de oro

de que el Hiperionida

lleva la rienda asida,

al trotar forman música armoniosa,

un argentino trueno,

y en el azul sereno

con sus cascos de fuego dejan huellas de rosa.

Adelante, ¡oh cochero

celestel!, sobre Osa

y Pellon, sobre Titania viva.

Atrás se queda el trémulo matutino lucero,

y el universo el verso de su música activa.

Pasa, ¡oh dominador, oh conductor del carro

de la mágica ciencia! Pasa, pasa, ¡oh bizarro

manejador de la fatal cuadriga

que al pisar sobre el viento

despierta el instrumento

sacro! Tiemblan las cumbres

de los montes más altos

que en sus rítmicos saltos

tocó Pegaso. Giran muchedumbres  
de águilas bajo el vuelo  
de tu poder fecundo,  
y si hay algo que iguale la alegría del cielo,  
es el gozo que enciende las entrañas del mundo.

¡Helios!, tu triunfo es ése,  
pese a las sombras, pese  
a la noche, y al miedo, ya la lívida Envidia.  
Tú pasas, y la sombra, y el daño y la desidia,  
y la negra pereza, hermana de la muerte,  
y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,  
y Satán todo, emperador de las tinieblas,  
se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas  
de amor y de virtud las humanas conciencias,  
riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;  
los castillos de duelo de la maldad derrumbas,  
abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,  
y sobre los vapores del tenebroso Abismo,  
pintas la Aurora, el Oriflama de Dios mismo.

¡Helios! Portaestandarte  
de Dios, padre del Arte,  
la paz es imposible, más el amor eterno.  
Danos siempre el anhelo de la vida,  
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida,  
con que esquivar podamos la entrada del Infierno.

Que sientan las naciones  
el volar de tu carro; que hallen los corazones  
humanos, en el brillo de tu carro, esperanza;  
que el alma-Quijote y el cuerpo-Sancho Panza  
vuele una psique cierta a la verdad del sueño;  
que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño  
una realización invisible y suprema;  
¡Helios! ¡Que no nos mate tu llama que nos quema!

Gloria hacia ti del corazón de las manzanas,  
de los cálices blancos de los lirios,  
y del amor que manas  
hecho de dulces fuegos y divinos martirios,  
y del volcán inmenso,  
y del hueso minúsculo,  
y del ritmo que pienso,  
y del ritmo que vibra en el corpúsculo  
y del Oriente intenso  
y de la melodía del crepúsculo.

¡Oh rüido divino!  
Pasa sobre la cruz del palacio que duerme,  
y sobre el alma inerme  
de quien no sabe nada. No turbes el destino.  
¡Oh rüido sonoro!  
El hombre, la nación, el continente, el mundo,  
aguardan la virtud de tu carro fecundo,  
¡cochero azul que riges los caballos de oro!

### XIII «SPES»

Jesús, incomparable perdonador de injurias,  
óyeme; Sembrador de trigo, dame el tierno  
pan de tus hostias; dame, contra el sañudo infierno  
una gracia lustral de iras y lujurias.

Dime que este espantoso horror de la agonía  
que me obsede, es no más de mi culpa nefanda;  
que al morir hallará la luz de un nuevo día,  
y que entonces oíré mi «¡Levántate y anda!»

## XIV MARCHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!

¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.

La espada se anuncia con vivo reflejo;  
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

Ya pasa, debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,  
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,

la gloria solemne de los estandartes

llevados por manos robustas de heroicos atletas.

Se escucha el rüido que forman las armas de los caballeros,

los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,

los cascos que hieren la tierra,

y los timbaleros

que el paso acompañan con ritmos marciales.

¡Tal pasan los fieros guerreros

debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,

su canto sonoro,

su cálido coro,

que envuelve en un trueno de oro

la augusta soberbia de los pabellones.

El dice la lucha, la herida venganza,

las ásperas crines,

los rudos penachos, la pica, la lanza,  
la sangre que riega de heroicos carmines  
la tierra;  
los negros mastines  
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos  
anuncian el advenimiento  
triumfal de la Gloria;  
dejando el picacho que guarda sus nidos,  
tendiendo sus alas enormes al viento,  
los cóndores llegan. ¡Llegó la Victoria!

Ya pasa el cortejo.  
Señala el abuelo los héroes al niño:  
—ved cómo la barba del viejo  
los bucles de oro circunda de armiño—.  
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,  
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;  
y la más hermosa  
sonríe al más fiero de los vencedores.  
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;  
honor al herido y honor a los fieles  
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!  
¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,  
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:

—las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que osos,  
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros—.

Las trompas guerreras resuenan;  
de voces los aires se llenan...  
A aquellas antiguas espadas,  
a aquellos ilustres aceros,  
que encarnan las glorias pasadas...  
¡Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,  
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;  
al que ama la insignia del suelo materno,  
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,  
los soles del rojo verano,  
las nieves y vientos del gélido invierno,  
la noche, la escarcha  
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,  
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha  
triumfal...

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual). Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

